

## Regreso a Fuentepiña

Víctor Fernández Salinas  
Depto. de Geografía Humana  
Universidad de Sevilla

He estado el domingo pasado en Fuentepiña y, como cada vez que vuelvo a Moguer, vuelven a mí mis veinte años, cuando me desplazé con María desde Asturias, donde entonces vivía, para leer allí *Platero y yo*. Al final de los años setenta Moguer no era el que hoy conocemos y de aquellos días guardo recuerdos inolvidables: el taxi que nos llevó desde la estación de San Juan del Puerto a Moguer por 200 pesetas; el pueblo a rebosar durante el último día de sus fiestas o la casa en la que nos refugiamos de la antigua calle de la Aceña, donde también vivió Juan Ramón, y en cuyo patio se apilaban cientos de melones que impregnaban todas las estancias de un olor dulzón de final de verano. Qué sosiego los días siguientes, con el pueblo blanco ya tranquilo, con los paseos por sus alrededores polvorientos y las noches blandas en aquel *pub* de la calle Arcipreste Borrego en el que un simpático camarero sevillano nos ponía música de Chico Boarque de Holanda, Tom Jobim y Miucha. Parece incomprensible, pero las vueltas a la casa, con la *bossa nova* de fondo en aquel Moguer dormido, nos hacían entrar en una comunión perfecta con los espíritus de Juan Ramón y de Zenobia, no más cerca de nosotros cuando los visitamos en el cementerio. Al marcharnos del pueblo nos fuimos desconcertados, sobre todo por tener abiertas, como heridas, todas las contradicciones de la juventud temprana.

Cuando cinco años después, ya viviendo en Sevilla, volví a Moguer, el pueblo era otro. Ya disparado en la carrera hacia el fresón, nada era igual. Visita tras visita he visto cómo se han compuesto sus calles y plazas, cómo crecía desbordándose por todos sus lados y cómo la nueva agricultura, potente, opulenta y ostentosa, significaba con nuevas formas y símbolos todos sus paisajes interiores y exteriores. La sencilla traza de su arquitectura tradicional se adornaba ahora con pretenciosas balaustradas, y las viñas y campos de labor se trocaban en sucesión de invernaderos.

Hasta 2005 no conocí Fuentepiña, el huerto familiar cercano a Moguer tantas veces citado en *Platero* y en el que está su tumba de ficción; en visitas anteriores me decían que no podía visitarse por tratarse de un lugar privado. Diego Roperero, el archivero de Moguer, nos guió a Rocío, mi colega y amiga, y a todos nuestros alumnos hasta aquel lugar mágico, adonde llegamos después de recorrer caminos arenosos y pinares. Casi escondida, aparecía la pequeña casa con su porche de cuatro arcos frontales, el pino grande y Moguer al fondo, con esa torre que, como es sabido, de cerca parece la Giralda vista de lejos. El pueblo había cambiado, pero Juan Ramón y *Platero* seguían allí.

Después he vuelto algunas veces, pero, tras varios años sin acercarme, el domingo pasado he regresado a Fuentepiña con Armando para hacerle nuestro especial homenaje a los cien años de la publicación de *Platero y yo*. Qué descorazonador el acceso a través de polígonos industriales, de campos de eucaliptos y de un centro de turismo rural autista. La pequeña casa, cegada su puerta con un muro de ladrillo y abiertas las ventanas en signo de desamparo, estaba rodeada y ahogada por el abandono más absoluto. Varias casuchas y tinglados en ruinas, restos de plásticos de invernaderos y, sobre todo, al asomarnos para rescatar la mirada hacia Moguer

que tantas veces había disfrutado Juan Ramón, el terrible impacto de los invernaderos a menos de cien metros de la casa. El cartelón que en su día mostró un mapa de “Monumentos rurales”, ya sin el mapa, era un verdadero símbolo en sí mismo al desinterés y a la desidia. *Sic transit gloria mundi*.

Armando y yo discutimos sobre cómo Andalucía, que ha dado sobradas pruebas de elegancia y sensibilidad, puede ignorar así la memoria de quién tanto sintió y tan bien describió nuestra tierra. Florencio Zoido señala que no hay en nuestra literatura obra más modernamente paisajística y precursora de la defensa de los valores del entorno que esta elegía andaluza. Nos preguntábamos qué habría sentido la persona, quién fuera que fuese, que había dejado unas flores blancas de papel bajo el pino grande, la literaria tumba de Platero: el único signo de un reconocimiento silente y callado. Estos días hay muchos homenajes al burrito y a Juan Ramón, pero no parece que nadie se interese por los paisajes reales de Platero, salvo alguna persona anónima, romántica, trasnochada y nada mediática, que lleva flores blancas a una tumba donde nunca se enterró ningún burro.

Nos fuimos de Fuentepiña dejando el paraje solitario a la luz del atardecer y nos vinimos discutiendo sobre qué había que hacer con aquello. Sin acertar con una propuesta concreta, odiamos las tematizaciones artificiosas del patrimonio y del paisaje, sí convenimos en que, si Juan Ramón levantase la cabeza, nos reclamaría a los andaluces un lugar mejor para el descanso literario de Platero:

“Esta tarde he ido con los niños a visitar la sepultura de Platero, que está en el huerto de la Piña, al pie del pino redondo y paternal. En torno, abril había adornado la tierra húmeda de grandes lirios amarillos. [...]

-¡Platero, amigo! -le dije yo a la tierra-: si, como pienso, estás ahora en un prado del cielo, y llevas sobre tu lomo peludo a los ángeles adolescentes, ¿me habrás, quizás, olvidado? Platero, dime: ¿te acuerdas aún de mí?”

Yo no lo sé Juan Ramón, pero aun en el abandono de los lugares en los que tú idealizaste el mundo hasta alcanzar el reconocimiento universal, Platero y tú seguís eternamente vivos entre muchos de nosotros, que más cercanos a los lugares de tus correrías que a los foros de celebraciones oficiales, permanecemos fieles a la luz de tu palabra y a la memoria feliz de tu burrito.